

Toda la geografía nacional palpita en este poema; su real dimensión de vida es captada con profunda intensidad por Roa Bastos quien lo aprehende con sus cinco sentidos. La circunstancia individual no restaña como angustia pesarosa y contagiante sino como conciencia que late y que predice un futuro promisorio en el que también están incluidas las fuerzas vivificantes de la naturaleza. Tal proceso de integración o fusión es lo que motiva que las referencias al paisaje no sean una reinterpretación del mismo desde el momento en que el poeta participa, consecuentemente, de esa bifrontalidad en la que se consuma.

Hombre y entorno, presente y pasado, esperanza y fracaso, son algunos de los dualismos antitéticos de constante vigencia en la tierra guaraní; toda una profusa aritmética promete conjugar los contrarios en un juego en el que suelen reverdecer la paz y las libertades como conquistas más inmediatas. La espiral del tiempo participa del choque de contrarios, a ella queda supeditado todo el esfuerzo humano hastiado de tanta espera que, a fuerza de ser espera que no se satisface, termina siendo añoranza sin plazo fijo. El poeta está signado por el desarraigo, por el exilio a que lo ha precipitado una convulsiva situación sociopolítica de su país; quizá debido a ello se vale del verso para tender garfios o lazos que lo amarran a lo que se ha visto obligado a abandonar; junto a la rabia soterrada y la impotencia, la infinita tristeza de saberse lejos. Sin embargo, el recuerdo de la tierra ausente no es óbice para que el sentimiento de lucha decrezca y se transforme en momento oportuno para la revisión ideológica, para el apaciguamiento de ese ardor que le seca la boca y le humedece los ojos. Todo lo contrario:

Tan tierra son los hombres de mi tierra  
que ya parece que estuvieran muertos;  
por afuera dormidos y despiertos  
por adentro en el sueño de la guerra.

Tan tierra son que en ellos va la tierra  
andando con los huesos de sus muertos,  
y no hay semblante, años ni desiertos  
que no muestren el paso de la guerra.

De florecer antiguas cicatrices  
tienen la piel arada y su barbecho  
alumbran desde el fondo sus raíces.

Tan hombres son los hombres de mi tierra  
que en el calor sangriento de su pecho  
la paz florida brota de su guerra.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Téngase presente como ejemplo el poema «Salvaje» de Juan O'Leary y «Credo» de J. Natalicio González.

<sup>7</sup> Augusto Roa Bastos: «Los hombres»; soneto incluido por Roque Vallejos en *Antología crítica de la poesía paraguaya contemporánea*. Asunción. Don Bosco. 1968, pág. 73.

El soneto «Los hombres» es una composición de acendrada paraguayidad. Un angustiado esbozo que, sin recurrir a planteamientos ético-moralizantes, muestra la idiosincrasia bélica del país. La reiteración de vocablos —«tierra», «hombres», «muertos», «guerra»— y sus distintas variaciones que anuncian significados aproximados o sinónimos, actúan a manera de ritmo monocorde que esculpe y delimita por medio de

la repetición los núcleos esenciales. El poeta elabora, haciendo uso de un sistema recurrente de signos, un marco referencial caracterizado por una constante ausencia de la paz; no sólo están presentes las guerras civiles más inmediatas sino que se incluyen las que jalonaron todo un proceso estéril y luctuoso que, en favor de la síntesis, tiene su hito principal en la Guerra de la Triple Alianza. En el paisaje, en la grava y también en el rito ancestral de la sangre —de la ascendencia y de la descendencia— se mantiene vivo, casi a flor de piel, una pirámide escalonada de muertos sin redención: hombres, mujeres y niños. Patria hecha girones siempre por los particulares acuerdos, en favor de mezquinos intereses.

El dominio del sentimiento, el verso medido y la reiteración de los usos metafóricos mediante los cuales descubre la violenta raíz de su historia, aportan una nota de actualización a problemas por tantos años desentendidos por la lírica. La poesía que se había realizado —romántica, postromántica, modernista y postmodernista— se ocupó de rescatar la figura del indio guaraní tergiversando su destino, su estampa, en héroe literario desfasado de su realidad más inmediata. Eran tanto los elementos románticos que lo ceñían que terminó siendo un desconocido al que constreñía una problemática actual y tangible ante la cual los poetas permanecían ignorantes. Hicieron del indio un representante de un pasado hecho, rehecho y mutilado en cuartillas que pretendían exaltar las virtudes de la raza aborigen, contando el deterioro que sufría en un tiempo ahistórico sin entender el verdadero problema del indio en el siglo XX. El indio es para esos poetas un legado de rebeldía y de lágrimas; nadie osa denunciar que el indómito, el guerrero, tiene el exilio en su propia tierra. Roa Bastos es amplio conocedor del pasado, de la cosmogonía guaraní, de los mitos todavía vigentes; se ha adentrado en artículos y libros, en el estudio de los mismos. En lo que respecta al poema transcrito ha preferido no bucear en los espectros ancestrales para echar un poco de luz sobre el panorama del hombre paraguayo, del mestizo, habitante de una comarca determinada —y delimitada como para asegurarle su idiosincrasia— sujeta a constantes enfrentamientos bélicos. Todo el pasado se presentiza; es más, el hombre paraguayo desconoce el nacimiento edénico que algunos pueblos han logrado por medio de la convivencia en paz; su existencia reverbera en pasiones que se transforman rápidamente en encono e intolerancia.

La tierra patria, la geografía sintética del soneto anterior, y estos hombres hechos de tierra a costa de tanta hombridad, brindan una acertada semblanza del hombre y paisaje paraguayos. Roa Bastos, conocedor profundo de los resortes íntimos que mueven la sociedad de su país, dolorido por lo que constituye la raíz y osamenta, construye la armazón primaria que da cuenta de un destino ineludible y que asume como paraguayo de pro. No hay enigma que descifrar; en la historia —esculpida a fuego y sangre— están las claves, las conocen todos y no obstante parece existir una irrevocable decisión de comenzar de nuevo hasta alcanzar la condición de hombres para ser el apoyo terrígeno de otros hombres.

La poesía de Roa Bastos es una poesía desencantada, oprimente, tanto como la realidad sociopolítica de su país; los versos difíciles encuentran el solaz de una criba esperanzadora. Con su poesía la naturaleza mística —acunada y amamantada por los detentadores del poder— sufre un revés; la idealización oficial es refutada desde una lírica templada y viril y el «corazón de América» descubre la herida que lo acosa.

## Ramón Bordoli Dolci



Ingenio azucarero de Iturbe  
donde trabajó el padre  
de R. Bastos  
(Foto: Fernando Allen)